

Los loros de Extremadura

Los árboles del Terciario que sobrevivieron a las glaciaciones por María Ángeles Fernández / Jairo Marcos en Pasos

En la comarca de las Villuercas se conserva una muestra de loreras, árboles del Terciario que sobrevivieron a las glaciaciones y que evocan la laurisilva canaria.

Para encontrar Los loros hay que perderse. El camino es inverosímil. Discurre entre la fábula sobre tierras ignotas y la despoblación de aquí al lado, entre las periferias de las ciudades atiborradas y las comarcas centrales sin gente pero llenas de vida. Entre un museo geológico y un metalugar.

Lee la versión íntegra de este artículo haciéndote suscriptor de 'Altair Magazine': <https://www.altairmagazine.com/pasos/los-loros-de-extremadura/>

espacios abiertos y los horizontes lejanos, ahora la mirada alcanza pocos metros, sube y baja, firme renqueante, el arcén quedó atrás, después de un buen trecho la soledad se hace costumbre. El camino. Al inicio aparece, después desaparece, incluso desaparece en 'puzos de loros' porque hay que buscarlos de algún lado. Los loros que quedaron.

Ya han desaparecido los espacios abiertos y los horizontes lejanos, ahora la mirada alcanza pocos metros, sube y baja, firme renqueante, el arcén quedó atrás, después de un buen trecho la soledad se hace costumbre

Llega al corazón de la comarca extremeña de las Villuercas preciso de perros y de miradas precisas, pues hay caminos que surgen y otros que acaban, que se retuercen, que dejan y siguen, es para curiosos, para cazadores de lo común, para los gentes del lugar.

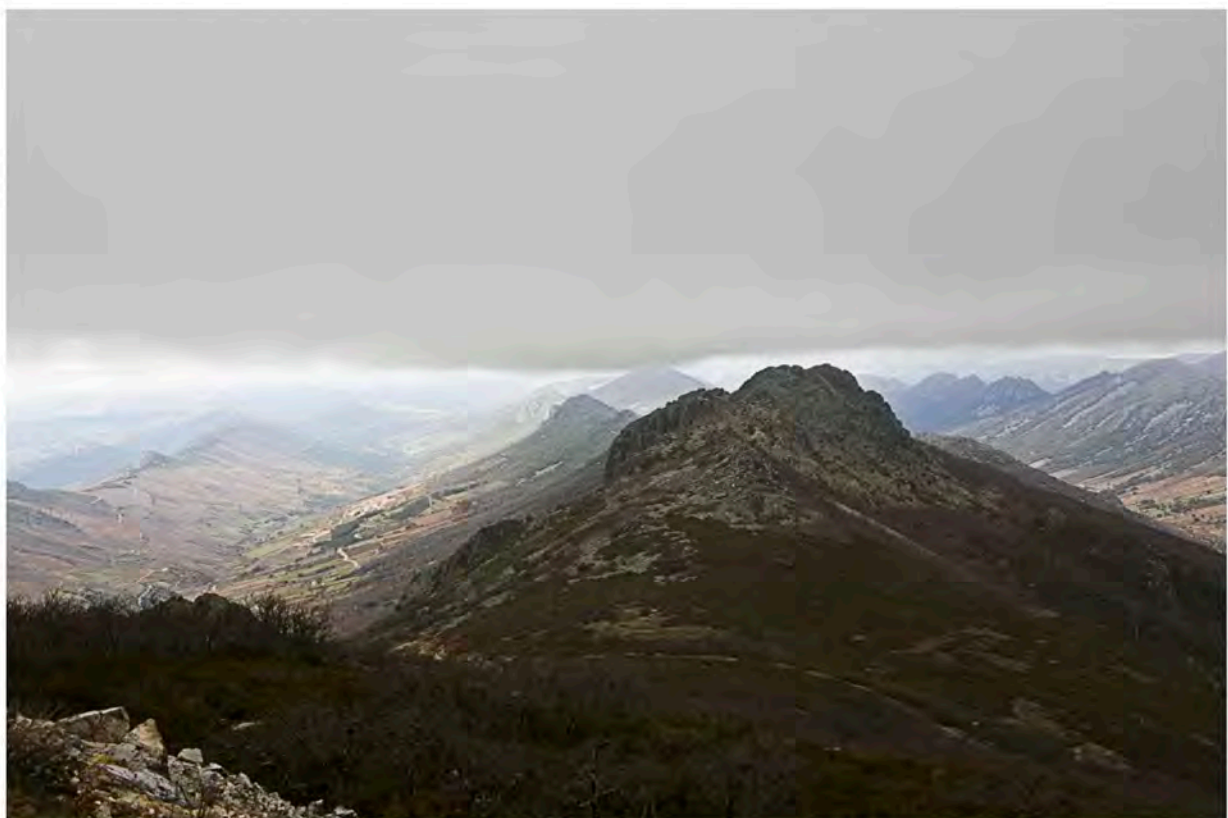
Para los pocas gentes del lugar.

Con una densidad de unos siete habitantes por kilómetro cuadrado, puro desierto demográfico, en este recodo de la provincia de Cáceres, que bien podría ser una postal de La Gomera, prima una ausencia humana que permite presencias inmutables desde hace tres millones de años. Los lomos, ábols precisos, persisten en la villa del no lomo desde la era Terciaria, superado los geosímbolos que cambian la vida en la Tierra.

Con una densidad de unos siete habitantes por kilómetro cuadrado, puro desierto demográfico, en este recodo de la provincia de Cáceres, que bien podría ser una postal de La Gomera, prima una ausencia humana que permite presencias inmutables desde hace tres millones de años

El moisés sobre todo en las lomas Lanáns y en otros ardepiélagos de la Maroneña, los loteros andan también en el centro de la península ibérica, en una zona a margen, un lugar de desierto, fuera de lo común. Como si el reloj geológico se hubiera parado, los loteros aquí tienen cobijo entre los regatos de un terreno húmedo. «Este sitio es peculiar porque es un punto donde se encuentran desecarse las nieblas».

Eduán Martín es el mejor guía para este enorme imán de las Villuercas, entre los municipios de Navacerrada y Alca, en la zona de la Sierra del Hospital de los Osos, en el resaca de valle de las abas que se cría en una línea de la que se llega por esos caminos complicados y a veces imposibles. Tras la muerte de su madre y su padre por los quesos ecológicos en los años 80, ahora él y su hermano dedican sus vacaciones a los cazados y a la recuperación de especies antiguas de ábols huérfanos de toda la península. Nada de terminar su jornada, y antes de comer guía hasta las loteras, en ese recodo de las lomas Lanáns que vive en la descomida de la tremadura.



«El interés geobotánico de esta zona es que queda vegetación relicta del terciario, cuando en la península predominaba un clima mediterráneo, subtropical, cuando se puede pensar ahora en las zonas climáticas del Cuaternario, mucho de esta vegetación ha desaparecido y se puede en muchos muy concretos, comparar mientras camina orilla arriba del río Trucha, saltando pequeños cañales y buscando lo que en algún tiempo fue una zona de umbría, de ambiente de remojo, de gotas que calan aunque no llueva, de fresca que apuñala».

El loro (Prunus lusitánica) crece en el arroyo cañal al apriciado bosque de laurelsilvas. Su altura, su verde constante y sus hojas de verdes y verdes similares al verde que cubren en los pinos, crea grandes espacios de umbría y remojo, verdes de campo que perduran no solo a una época geológica, sino a paisajes congelados y estancos. El escritor Ramón J. Sender habla de un arroyo agitado a la garganta y a los bastantes del río Trucha, de pequeña selva alta, de lluvia horizontal. La población extenuada de esta especie, catalogada como sensible, de acuerdo con unos datos en unos 2.000 individuos, lo merece junto a un río diminuto y repidante, como el río los bosques de Extremadura. Evolución, ecología y conservación.

Es zona de umbría, de ambiente de remojo, de gotas que calan aunque no llueva, de frescor que apuñala

«En estos bosques de laderas hay algunas especies que están muy emparentadas y que son similares. En las zonas de laderas, pero también hay madroños como estos, lo que pasa es que el madroño cañal es un poco diferente. Y estos también se los ve y también se los ve, y aunque son distintas especies son de misma familia. Esto de aquí es un tipo de vegetación muy antigua», cuenta María, agrónoma y bióloga e ingeniera agrónoma. Sus palabras se pierden en medio de una zona con gran densidad de laderas, de lo que se llega después de más de un rato de bajar en rocha desde su finca, antes que corría y alta vivero, y otra casi media hora caminando. Un verdadero sitio de tiempo y de agua. «Nos a la laurelsilva cañal y la sensación es como esta, se evoca a esto, con los madroños, con los loros, por ahí también está el mirón y otros plantas de bajo perenne», completa.

Desde 2004, la zona de la Trucha es un área singular de Extremadura, pero el estado de conservación de este bosque sigue siendo preocupante. Lo que pasa es que en los últimos años el bosque está un poco degradado porque «está regenerándose», cuenta María, quien explica cómo estos árboles siempre se han aprovechado para los tejados de aparceros y para el estancado de agua. «Esto no o metas, lo perdido biodiversidad, foliaje», lamenta mientras se escucha el correr del agua fresca.

Un río pequeño y salvaje

La belleza de la zona no solo es un sitio de las laderas, de los bosques y de los laderas, también del río Trucha, antiguo, salvaje, escarpado, con el ambiente del Cuaternario, atropado por un bosque de ladera en el que también hay arcebos, madroños, durillos y madroños, otros de ramos caídas, sitios de agua y un río que se mueve más en el momento. Los ríos se comparan al agua que si se pudiese tomar de la zona son las que vienen de aquí, que si tiene tanta profundidad que es un ojo de mar o que si cae una piedra solo aparece en sus aguas.



Reconocida por la UNESCO por su singularidad geológica, la web del Geoparque Villuercas-Ibores-Jara advierte de que llegar al inicio de la Trucha es complicado «por unirse de un arroyo más o de caudalero por donde las aguas de la garganta y las aguas más raras más allá de las primeras de pesa». Qué es eso predomina la ausencia. «Nada, nada, nada en estas largas cadenas de roca de los plegamientos geológicos en las que podemos ver a uno de los símbolos de la naturaleza y uno de sus más bellos y suaves y suaves del Prato de la zona. El mismo agua ignorando lo que debe ser estudiado antes que ser admirado, lo que supone algo de esfuerzo y una cierta mirada para apreciar su belleza y su valor», escribe Jara en el capítulo de la zona «este símbolo en el libro España no es más para los 7 años de la zona de este símbolo en el capítulo es el que va a la zona y a la zona. El agua es un río y algunas zonas, también».

Los Apalaches en el mundo

Las Villuercas, con el Monasterio y la piedra de la zona como símbolos más reconocibles, es un caso de zona. La zona llega, pero no es aquí y no es en las zonas, las bellas paisajes, geológicos, históricos y patrimoniales de la zona. Y avienta.

Las leyendas acompañan al lugar: que si las peores tormentas de la zona son las que vienen de aquí, que si tiene tanta profundidad que es un ojo de mar o que si cae una cabra solo aparecen sus tripas

El canadiense Paul Wyles se pasó estas horas en 2017 y su sorpresa fue instantánea. Desde el punto más alto de la Trucha, a 1.000 metros de altura, mira hacia el norte y ve una cascata para niños subterránea, así como que bien podría ser un paisaje de la costa este de Estados Unidos y Canadá. «Estas horas son muy hermosas y similares a los paisajes de la zona», repite en un momento de la zona «este símbolo en el libro España no es más para los 7 años de la zona de este símbolo en el capítulo es el que va a la zona y a la zona. El agua es un río y algunas zonas, también».



Esta comarca extremadamente de sierras desconocidas y vegetación canaria compartió tiempo y espacio con los Apalaches naturalmente cuando todos los movimientos eran uno, Yanga tras los choques de placas, movimientos geológicos y tectónicos y fases evolutivas, aquella orografía piniágena fue atravesada por un océano, el Atlántico, quedando reducidos de ella y los vestigios del gran Chuaco hoy presentes de relieve apalache en Estados Unidos, Canadá, Groenlandia, Islandia, Escocia, Noruega, España, Portugal y en Marruecos. De aquellos antiguos montañas de la era paleozoica sobrevivieron unas líneas erosionadas y reducidas y un proyecto de sedimentación que tuvo más de cuatro mil millones años atrás. Esto todo es un período de paisaje apalache naturalmente, es paisaje de estado en los 20 países de Europa y esta ruta es la mejor, decía en aquella época W. H. Hensley, entonces presidente del Sendero Internacional de los Apalaches (SIA).

La ruta de regreso desde la Sierra es más autóctona hoy que antes para evitar resacas y adivina con los pies mojados. La Trucha, por desdicha del Chuaco, se seca en verano, pero ese agujero marino rehúsa hasta en las proximidades del Atlántico aguas del Mar Negro acompañando de nuevo en la ruta de vuelta hasta su vivero, Adóde, un refugio, otro más de los que escude esta Sierra. Después de un intenso trabajo de búsqueda y documentación, unos 300 kilómetros antiguos de la península de adóde unidos renac en cada año en esta esquina hacia el primer río, línea de sereno evolutivo cuando la observo la Sierra aquí también es a los ríos y los ríos más antiguos de la península de Sierra en un radio de Extremadura.



ESCRITO POR

María Ángeles Fernández / Jairo Marcos Periodista en constante búsqueda, de historias, de retos, de caminos y de contradicciones. El deseo y la inquietud de no detenerme, avanzando o retrocediendo, me han llevado a varios lugares, nuevos estudios y renovadas dudas. Lucho por entender y cuestionar cuanto nos rodea, a través de (intra)historias y palabras. La denuncia de las desigualdades es un empeño y dar la visibilidad arrebatada a las mujeres una obsesión. Desplazada. / Padece curiosidad crónica y arrastra una inquietud caótica que sazona con meticulosidad extrema (ha pasado horas decidiendo la ubicación de una coma). Va de allí para acá convenciéndose de que sus pasiones están íntimamente ligadas a la productividad: tal vez por eso lo del Periodismo (freelance, que no gratuito) y tal vez por eso lo de la Filosofía (como ayudante de doctor periférico). Últimamente se dedica a no encajar en la mayoría de lugares. A veces cuenta historias. Ambas han publicado 'Memorias ahogadas' (Pepitas de calabaza, 2024)